

Medellín, julio 1 de 2026

COMUNIDAD UNIVERSIDAD CATÓLICA LUIS AMIGÓ
MEDELLIN

ASUNTO: Carta de gratitud y cierre de un ciclo de vida

Hay decisiones que la vida nos lleva a tomar, y aunque suelen ir acompañadas de nostalgia, hoy me dirijo a ustedes con el corazón lleno de una gratitud que pesa más que cualquier despedida. Presento formalmente mi renuncia al cargo que he venido desempeñando, no como un adiós, sino como el cierre natural de un ciclo maravilloso que comenzó en febrero de 1996.

Mi estado de salud actual me enfrenta a un escenario de fuerza mayor que me invita a dar un paso al costado para concentrarme en mi bienestar integral y asumir mi pensión por pérdida de la capacidad laboral. Durante meses me resistí a dejar el campus universitario, porque allí encontraba una vitalidad que me sostenía. Sin embargo, he aprendido que el verdadero valor del cuidado no está en la resistencia, sino en la sabiduría de escuchar a los médicos, a mis seres queridos y, sobre todo, a mi propio cuerpo. Hoy reconozco que el cuidado y el amor son también una alternativa de vida, y que la universidad me enseñó durante todos estos años que el servicio y la vocación se viven desde adentro.

Me marcho con la profunda satisfacción del deber cumplido y con el orgullo de haber dejado huella en la historia de nuestra universidad. Llevo en mi memoria el esfuerzo y la pasión compartida en cada proyecto: desde mis inicios como asistente del Departamento de Extensión, pasando por el honor de ser pionero y jefe del Departamento de Educación Virtual y a Distancia, hasta mi regreso a las aulas como profesor, donde retomé mi vocación inicial. Ver crecer académica y profesionalmente esta casa de estudios ha sido uno de los mayores honores de mi vida.

Es imposible no sentir el peso de la nostalgia al saber que ya no habitaré diariamente las aulas, pasillos y espacios de nuestro campus. Pero más allá de la infraestructura, lo que verdaderamente me llevo en el corazón son los rostros, los vínculos entrañables y las relaciones humanas que construimos día a día: directivos, jefes, compañeros, colegas y, por supuesto, estudiantes. Cada uno de ustedes enriqueció mi vida profesional y personal de una manera que trasciende cualquier cargo.

En estos casi 30 años no solo fui testigo de la transformación de la joven Fundación Universitaria Luis Amigó hasta convertirse en la gran Universidad Católica, reconocida por el aporte social de sus egresados, sino que además, la institución se constituyó para mí en un permanente campo de aprendizaje, formación y realización personal. Aquí crecí yo y creció mi familia, labré un patrimonio,

me sentí desafiado intelectualmente, aprendí de mis compañeras y compañeros, confronté y nutrí mi espiritualidad.

Y, finalmente, cuando más lo necesité, me sentí comprendido y cuidado. La Universidad fue flexible, abierta siempre a escuchar, y también supo distanciarse en los momentos justos, ofreciéndome apoyos y ajustes razonables que fui necesitando. Acompañó mi tránsito en este cierre de ciclo laboral con una calidez que trasciende lo institucional y que llevaré siempre en el corazón.

Porque el amor por esta casa no termina con un vínculo laboral; se transforma, se expande y encuentra nuevas formas de habitar. Por ello, y siempre que la salud me lo permita, espero seguir encontrándolos en los pasillos, en el gimnasio, en la biblioteca, en la cafetería y acompañando desde la Brigada de Salud, otro espacio donde he podido vivir mi vocación de servicio. Me siento profundamente agradecido de saber que las puertas de la Universidad Católica Luis Amigó seguirán abiertas para quien la ha llevado siempre en el alma.

Hoy, las circunstancias de salud que me acompañan me invitan a hacer una pausa amorosa para enfocar mis esfuerzos hacia el autocuidado, el aprovechamiento del tiempo y el disfrute de la vida, buscando un equilibrio pleno que integre mente, cuerpo y espíritu, rodeado principalmente de mi familia. Porque he comprendido que el cuidado no es un retroceso, sino la forma más profunda de honrar la vida que he construido.

A las directivas, gracias por la confianza; a mis colegas, gracias por la camaradería y el apoyo incondicional; y a los estudiantes, gracias por ser el motor de mi vocación. Me llevo la calidez amigoniana grabada en el alma. Y me voy en paz, porque he entendido que este final no es un punto, sino una coma: un nuevo capítulo en el que el amor y el cuidado me esperan en el hogar y en Dios.

Espero que la universidad siga cosechando éxitos y transformando vidas a través de la educación, tal como intenté hacerlo hasta mi último día en esta institución. Me despido con una eterna gratitud hacia mi Universidad Católica Luis Amigó. Mi espíritu amigoniano sigue intacto, solo que ahora lo habito desde otras cotidianidades.

Con profundo afecto y gratitud,



BERNARDO HUGO ARBOLEDA MONTOYA

CC 71699040